

## CAPITULO XIX.

EL TESORO VIRGEN CABE DENTRO DE  
LA CAJA VACIA.

**P**OR qué hemos de retroceder, Chona, en nuestra pendiente? si somos los Sísifos del destino, luchemos.

- ¿Contra quién?
- Contra el mundo.
- ¿Contra el deber?
- Contra todo.
- Y cuando hayamos triunfado, cuando hayamos logrado romper todos los lazos; ¿qué encontraremos?
- ¡La felicidad!

—¿Qué felicidad? ¿usted cree en eso?

—Por la primera vez.

—¡Ay! ¿de qué ingredientes tan raros se compondrá esa felicidad en que cree usted tan tarde?

—Se compone de esencias vírgenes, de efluvios desconocidos, de intuiciones jamás sentidas por nadie; se compone de usted..... ¡Ah! si la juventud tuviera una crisálida en que esperar el estío, ¡qué suma de amor! ¡qué tesoros de poesía! ¡qué vigor! ¡qué fuego podría ofrecer la muger redentora entonces, verdadera copa de miel, verdadera reinal.....

La juventud de hoy, Chona, es un ramillete de flores en miniatura; las jóvenes son flores que apenas brotan se marchitan; apenas se abren se asemillan; su vida es de un día; viven aprisa; se precipitan para llegar á un fin, y mueren antes de haber vivido con el alma, con el amor; esos ejemplares totalmente botánicos, pueblan este mundo, y nosotros los jardineros, los hombres, alfombramos nuestro camino con pétalos, con insuficiencias, con embriones y nos fastidiamos.

Pero usted!..... ¡Ay Chona! allá en el fondo de su alma está un sagrario de amor; está un tesoro de felicidad; está algo que por inmaterial, que por infinito no está tocado, porque todos los hombres á su vez han sido para usted pétalos; han sido también flores, mas que prematuras raquílicas, si es que no han estado envenenadas desde su primera generacion.

¿Usted cree que acabó en mí todo? lo mismo creía yo,

pero para tocar ese símbolo de eternidad que usted encierra en su amor, no se necesita el caudal que se ha despilarrado en flores; se necesita de otra virginidad compatible, de un caudal de reserva que ninguna muger ha osado tocar, porque ninguna se parece á usted en el mundo.

¿Qué mas? siento en mí la redencion; mi alma brota de mis ruinas y renazco á una vida nueva, espléndida, eterna; vida cuyas puertas sabe usted abrir con una sonrisa; vida que está mas allá de todas las miserias, de todas las trabas, de todas las rémoras humanas. ¿No es verdad que soy otro?

Ayer, quiere decir, cuando nos conocimos, halló usted en mí la ruina de fútiles prodigalidades, la caja vacía de los juguetes del alma; hoy al trasformarme encuentro yo mismo, que lejos de haber perdido lo que lloraba, no he hecho mas que tirar la basura para guardar las flores: la vida moral del hombre bien puede ser solo un crepúsculo; pero si el hombre encuentra un sol puede vivir en pleno día. ¡Usted es mi sol!

Chona oyó á Salvador, pero lo oyó no como el juez, ni siquiera como el interlocutor; Chona se perdió asida á las alas de la fantasía de Salvador; habia perdido la facultad de analizar, y mientras Salvador hablaba, Chona lo seguia en su viaje fantástico, como habia seguido en la noche anterior el impulso de sus sueños, sin esfuerzo, sin resistencia.

En una situación semejante, la cesacion de la palabra es un abismo, y no parece sino que la verdad magestuosa

y severa, no se presenta sino en ocasion solemne para hacer comprender todo su prestigio.

Bastó una pausa, bastó el silencio, para que el espíritu de Chona, que se habia elevado como un aeróstato al impulso del fuego de Salvador, descendiese lentamente hasta tocar el frio asiento de la verdad.

—¿Por qué calla usted, Chona? le preguntó Salvador presintiendo la transicion.

—Porque tiemblo.

—¿Temblar! quién osaria detener mi pesamiento! ¿quién me impediria tocar una felicidad que me pertenece?

—El deber, Salvador.

—¿El deber! ¿y quién traza ese deber? ¿qué ley es esa de tan raquílicas proporciones?

—¿Salvador, usted delira!

—No, Chona, raciocino; y si no estuviera colocado en el terreno de una insuficiencia, de una anomalía, me creeria sin derecho para robar una paz que no podria devolver. Dígame usted que ama á Carlos; dígame usted que Carlos la ama á usted; pruébeme usted que es feliz; enséñeme usted la flor de su alma abierta, lozana, pura, y dígame usted: este es el fruto de mi amor; esta es mi dicha; dígame usted todo eso y me reprocharé á mí mismo mi conducta, y avergonzado huiré de usted; pero si usted no ha amado nunca, si no ha sido amada, si no es usted feliz; nadie que yo sepa tiene derecho de exigir de usted un sacrificio estéril; no hay deber que sin ser contrario á la naturaleza, pueda pedir á una muger que no

tenga corazon; ni habrá ley que me obligue á no sentir por usted lo que siento.

—¡Salvador!.....

—Tiembra usted delante de la luz, delante del amor, y no ha temblado usted algunos años matando en embrion sus ilusiones. No ha temblado usted en medio de las tinieblas de una union fria y forzosa como una cadena de hierro.

—Sí; pero esa cadena es indestructible.

—Todas las cadenas se rompen.

—Con el precio de la infamia.

—No: de la libertad.

—¡Libertad! no pronuncie usted esa palabra que nunca he visto aplicada sino al libertinaje, que no he oido evocar mas que á los esclavos de sus propias miserias!

—¿Acepta usted su condicion de esclava?

—De mi deber, sí.

—¿Cuál es ese deber?

—No amar á nadie.

—¡Error! ¡error! ¡no amar á nadie! ¿Por ventura me aborrece usted, Chona?

—No, todo lo contrario.

—Usted me ama. No la creo á usted capaz de mentir, ni de engañarme.

—¡Es cierto!

—¿Y quién ha sido capaz de impedirlo? ¿qué deber es ese de que usted me habla, que pueda ser superior á esa espontaneidad? ¿Ese formidable deber, ese centinelaavan-

zado, osó siquiera presentarse anoche á turbar el éxtasis á que la entregó á usted la música? ¿Se atrevió ese can- cerbero á acercarse al lecho de usted para turbar su sue- ño? ¿Ese deber no se ha callado cobardemente, mientras usted pensaba en mí, mientras veía usted mi retrato?

—¿Usted sabe? .....

—¿Qué, que ha contemplado usted mi retrato? sí; lo sé, porque yo á la sazón veía el de usted y el retrato de usted me hablaba; sobre que me he vuelto espiritista!

Esta vez no se rió Chona, estaba vencida!

De los ojos de Chona se desprendía una lágrima.

—¡Chona! exclamó Salvador lleno de entusiasmo; ¡Cho- nal! repitió como en actitud de caer á sus piés; esa lágri- ma es el bautismo del amor: esa lágrima consagra nues- tra unión eterna; esa lágrima es de amor.

Salvador iba á tomar entre las suyas una mano de Cho- na; pero esta apenas comprendió el movimiento, se levantó de su asiento como movida por un resorte y se apartó de Salvador.

Habia en el semblante de Chona un gesto tan aristo- cráticamente amargo, que Salvador sintió rebelarse todo su orgullo, se sintió herido profundamente y á su vez se levantó, pero no con altivez: estaba pálido como en el mo- mento que precede á la muerte: se hubiera podido juzgar por su semblante, que realmente acababa de recibir una herida en el corazón.

Ante aquella palidez Chona no pudo sostener su mi- rada, y tuvo un momento de horrible angustia.

Se apoyó en el respaldo del sillón. Salvador estaba inmóvil. Sonó la campana del reloj, y esa vibración repentina fué como un toque eléctrico; Chona y Salvador la sintie- ron en todo su cuerpo.

Chona extendió el brazo para indicar á Salvador la ho- ra que apuntaba al reloj.

A aquella hora subía Carlos.

Simultáneamente y en silencio, Chona se dirigió á las piezas interiores y Salvador salió de la sala.

Cuando Chona estuvo sola, cerró las puertas y avisó que no la molestaran: pasó dos horas en silencio y á os- curas; solo que aquellas dos horas difrieron completa- mente de las otras dos que habia dedicado en la maña- na á sus ensueños.

La figura de Salvador, tan interesante y tan buen mozo, se le presentaba á la imaginación con aquella palidez mor- tal, con aquel aspecto de atonía y de dolor en que lo ha- bía contemplado el último momento; aquella palidez te- nía para Chona, no sabemos qué alta significación que la preocupaba de una manera horrible.

—Lo he lastimado profundamente, decía Chona; he sido muy cruel! inútilmente cruel! ¡qué transición tan doloro- sal! ¡él estaba lleno de pasión, lleno de entusiasmo, sí, por- que Salvador me ama, me ama aunque no me lo dijera, y me ama de una manera superior á cuanto podía yo figurar- me..... y yo..... yo me he levantado de mi asiento co- mo ofendida por un lacayo; ¿por qué hice eso? ¿por qué se

sublevó en mí tanto orgullo y tanta altivez? El no hubiera sido capaz de nada, iba á acariciarme tal vez sin pensar que me ofendía ¡pobre Salvador! El tan orgulloso, tan mimado, tan querido, pareció que se había quedado sin sangre, y todavía así, no se atrevió á decirme que lo había yo herido..... ¡pobre Salvador!.....

Pero bien, ¿qué debo hacer? él también sabe que lo amo, me lo dice, lo conoce, lo ha conocido ya y juntos estamos al borde de un precipicio.

Ese precipicio es el crimen..... ¡Adúltera! ¡qué fea palabra! ¡qué horrible ideal!..... ¡el crimen!..... ¿yo criminal? ¿yo confundirme con esas gentes á quienes siempre he denigrado? ¿yo ser una de tantas mugercillas ligeras, vanas, corrompidas y locas?... ¡ahl no; jamas, jamas; yo sabré ocultar mis sentimientos, yo recurriré á..... á la medicina; ha de haber algo contra esta especie de envenenamiento..... debe haber oraciones contra este pecado..... debe haber métodos contra estos accesos..... ¿y quién me podrá dar ese remedio? basta mi voluntad..... ¿y si sucumbo, y si mi resistencia determina una catástrofe, porque Salvador es capaz de todo? Veo que su vida está pendiente de mis labios; hoy creí que iba á caerse muerto..... si mañana me encontrara severa, fria, altiva..... Las gentes dicen que tengo altiveces insoportables, me han dicho que parezco reina; esto puede ser cierto, debo estar odiosamente grave cuando me revisto de todo mi orgullo, cuando dirijo una de mis miradas de desprecio..... ¡Ahl pobre Salvador!.... pero si por docilitarme me dejo llevar

y cuando menos lo piense estoy ya en la pendiente resbaladiza que conduce al crimen?... Si llega un momento en que no puedo retroceder?..... ¡Ahl no, eso jamas—yo puedo ser en todos casos dueña de mí misma, y si encuentro un hombre sábio, un hombre que me sepa aconsejar, un sacerdote virtuoso..... con esa ayuda seré doblemente fuerte, de esa manera podré luchar y acaso sin dar lugar á nuevas faltas y sin exasperar á Salvador, saldré triunfante en esta lucha terrible que se ha empeñado ya. Sí, sí, ánimo, ánimo! porque la mas pura, la mas grande de las satisfacciones de mi vida, será la de haber triunfado de una seducción que se presenta á mis ojos con tantos atractivos, con tantos encantos.

Esa tarde necesitó Chona respirar otro aire que no fuera el de su estrecha habitacion.

Era una tarde de diciembre, el cielo estaba entoldado con una capa cenicienta y uniforme, y la naturaleza yacía en esa calma triste del invierno en la que las hojas de los árboles, como si estuvieran muertas, dejan que el polvo las cubra y permiten indiferentes que los insectos extiendan sobre ellas sus telas, que á su vez recogen y aprisionan grupos de hojas secas que se alejaban, y que, como los fragmentos carnosos de una mómia, le quedan por atavíos al esqueleto; habia algunos árboles horribles ostentando sus desnudos varejones, y en algunos recodos esas informes masas negras compuestas de hojas secas envueltas en telas de araña; cloacas que quedaron como último albergue

á muchos insectos sorprendidos por el frio y por la desolacion.

Chona se envolvió en un abrigo de cachemira, puso las manos en un manguito de pieles y se hizo conducir en uno de sus coches, al paseo de Bucareli, arrellanada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar á nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé ingles negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisonos negros tambien.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado á servir, habian adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares, le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al chico.

—¡Como está tan ovachon!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó á su casa despues de la oracion.

## CAPITULO XX.

### DON ARISTEO TENTADO DEL DEMONIO.

CUANDO llegó D. Aristeo á la casa de Sanchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? preguntó á D. Aristeo.

—¡Quite usted allá, doña Felipa! ¡qué muger!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una muger mas linda.

—¿Es posible?

—Sí, doña Felipa; es una divinidad, quiero decir, no